

La revista Pyrenaica dedica un amplio reportaje a Ojo Guareña

Lo firma Ana Isabel Ortega, miembro del Grupo Espeleológico Edelweiss. El número de la revista, editada por la Federación Vasca de Montañismo, está dedicado al mundo subterráneo *R.P.B / Burgos*

Ana Isabel Ortega, miembro del Grupo Espeleológico Edelweiss es la autora del reportaje *Tras las huellas de Ojo Guareña* que publica en su último número la prestigiosa revista *Pyrenaica*, que edita la Federación Vasca de Montaña. Ortega realiza un recorrido por el impresionante complejo kárstico de la Merindad de Sotoscueva, formado por más de 400 cavidades y más de un centenar de kilómetros topografiados y centrándose especialmente en los registros de ocupación humana del lugar. Así, la espeleóloga burgalesa destaca que buena parte de la importancia de este complejo estriba en los importantes registros humanos propiciados por su estratégica situación geográfica.



El complejo kárstico de Ojo Guareña estuvo habitado por humanos durante la prehistoria.
DB

Su ubicación, indica la investigadora, «esta ubicación favoreció la ocupación humana de sus entradas y la exploración de sus galerías durante la Prehistoria, documentándose una variada secuencia cultural desde el Paleolítico medio hasta la Edad Media. Las cavidades siempre han constituido idóneos refugios naturales; que, unido al carácter conservador del medio subterráneo, ha permitido documentar en la pequeña Cueva del Prado Vargas los vestigios más antiguos de la Merindad: la hibernación de una osa de las cavernas y su oseño, que no sobrevivieron al periodo de aletargamiento, y el uso como refugio temporal por parte de un grupo de cazadores-recolectores neandertales de hace unos 47.000 años, durante una fase cálida del Pleistoceno Superior».

Asimismo, indica que el arte paleolítico de la Sala de las Pinturas muestra la fauna del Pleistoceno Superior que posiblemente transitaba por estos montes (cérvidos, cápridos, bóvidos, équidos, mamuts...), «junto a representaciones antropomorfas, triángulos negros y abundantes grabados, presentando un conjunto artístico unitario de hace unos 11000 años. Estas manifestaciones artísticas expresan el simbolismo del *Homo sapiens* en un santuario de los últimos cazadores-recolectores del Paleolítico».

Ya en el Neolítico y la Edad del Bronce se va a producir, señala la investigadora, la consolidación de la ocupación de este espacio, «en donde el número, variedad y calidad de los yacimientos evidencian el intenso uso y explotación del medio subterráneo. Los portalones de entrada sirvieron como lugares de hábitat, por la luminosidad y protección que proporcionan a sus ocupantes. Entre ellos destacan el de Cueva Palomera, cuya excavación puso al descubierto casi cinco metros de potencia con secuencias de la Edad del Bronce, así como el de Kaite en el que pequeñas catas destacaron la importancia de las fases del Bronce Final, mientras que el sector de entrada de Cubía muestra interesantes materiales que se adscriben a fases de la Prehistoria reciente».

En su artículo, Ana Isabel Ortega da especial relevancia al excepcional hallazgo realizando en el año 1969 durante la exploración de un sector desconocido al localizarse un importante y muy numeroso rastro de pisadas. «Sobre la arcilla blanda del suelo se conservan las improntas humanas de pies descalzos de un reducido grupo de personas (entre 6 y 10 individuos), que marcan un recorrido de unos 250 m, desarrollado a lo largo de dos galerías que parten de una sala caótica. Estas huellas indican que fue un único paseo de ida y vuelta, dado que algunas de las pisadas se superponen a las de sentido contrario. También se observa como algunos miembros del grupo se acercaban a las paredes de las galerías para reconocer los recovecos del conducto, evidencia que apunta hacia la exploración. Un resto de carbón localizado en una galería próxima proporcionó una antigüedad de 15.600 años», apunta la espeleóloga de Edelweiss.

Pero no son los únicos rastros de improntas humanas. Varias salas del complejo conservan improntas de manos, pies y rodillas. Señala también como excepcional Ortega el caso del extravío de un joven de la Edad del Hierro en un sector laberíntico conocido como Vía Seca. «Multitud de tizonazos, restos de antorchas y marcas e improntas de su paso, junto a algunos de los objetos personales de este joven, marcan el sendero seguido desde la cómoda Galería Principal hasta una red de gateras, en la que se localizó su esqueleto, en una posición serena y tranquila, junto a una pequeña presa para almacenar el agua que rezumaba del techo, hecha con arcillas y fragmentos de estalactitas. Un poco antes, en la gatera y a oscuras, tuvo que desprenderse de su cinturón de cobre recubierto de cuero, para poder franquear una estrechez, hoy totalmente impenetrable debido al crecimiento de unas estalagmitas».